

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS (IV)



L

La radical igualdad entre todos los miembros de la Iglesia no

significa eliminar, y mucho menos negar, las diferencias en el interior de este Pueblo.

No es la Iglesia un pueblo indiferenciado: "¿son todos apóstoles?", pregunta Pablo, "¿son todos profetas?, ¿son todos maestros?, ¿hacen todos milagros?, ¿tienen todos el don de curar?, ¿hablan todos en lenguas?"... (I Cor 12,29-31).

En la Iglesia, en efecto, no todos tienen los mismos dones, idénticos carismas, vocaciones, funciones o ministerios. La diversidad es una de las notas más características de este Pueblo. Desde la elección misma de los Apóstoles por parte de Jesús, hombres de muy diversos caracteres, grado de cultura, posición social, oficios, hasta la amplia diversidad de pueblos llamados por el Espíritu a formar parte del único Pueblo de Dios en la historia, es manifiesta la naturaleza diversificada de la comunidad eclesial.

Pero existe un principio misterioso que asegura al mismo tiempo la unidad más profunda en la diversidad más amplia: es el Espíritu Santo. Gracias a la presencia y a la acción del Espíritu, la Iglesia no se convier-

te en empobrecedor monolitismo, ni la más amplia diversidad representa una estéril y disgregadora dispersión.



"Los dones son variados, aunque el Señor es el mismo; las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien lo activa todo en todos. A uno, por ejemplo, mediante el Espíritu, se le dan palabras acertadas; a otro, palabras sabias conforme al

mismo Espíritu; a un tercero, fe por obra del mismo Espíritu; a otro, por obra del único Espíritu, dones para curar; a otro, realizar milagros; a otro, un mensaje inspirado; a otro, distinguir inspiraciones; a aquél, hablar diversas lenguas; a otro, traducirlas. Pero todo eso, lo activa el mismo y único Espíritu, que lo reparte dando a cada individuo lo que a él le parece" (I Cor 12,4-11).

Es una unidad "rica" la que tiene que existir en el Pueblo de Dios, al mismo tiempo que una diversidad convergente y constructiva "para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef 4,12). No hay, por consiguiente en la Iglesia, incompatibilidad entre la verdadera unidad y la auténtica diversidad. No son realidades que tengan que contraponerse, precisamente por ser uno y el mismo Espíritu, la garantía y el maravilloso artífice de la unidad en la diversidad.